

James A. Michener

El Manantial de
ISRAEL



Novela que narra la historia del pueblo de Israel desde hace doce mil años hasta la fundación de su estado moderno entre el final de la década de los cuarenta y el principio de los cincuenta.

Basándose en el descubrimiento arqueológico del «Tell de Makor», en la Galilea Occidental, el domingo tres de mayo de 1964, la novela comienza con el descubrimiento del mismo y el inicio de las excavaciones

A medida que avanzan las excavaciones y van quedando al descubierto los diferentes niveles de residuos y estratos, aparecen también los restos de las diferentes culturas y el ir y venir de numerosos conquistadores (canaanitas, hebreos, egipcios, babilonios, asirios, persas, griegos, romanos, árabes, cruzados, mamelucos, turcos y británicos). La novela se irá desarrollando de abajo arriba; es decir, a partir del nivel XV de la excavación (la prehistoria y el *homo-sapiens*), hasta el nivel I (final de la II guerra mundial y principio de la fundación del Estado de Israel).

A pesar de ser un producto de la ficción, está basado sólidamente en investigaciones históricas y hechos establecidos por las excavaciones realizadas en numerosos lugares existentes en Israel.

El manantial de Israel es la historia de la Tierra Santa, y lo que sucedió allí está íntimamente ligado al desarrollo de la civilización occidental. Allí estaba el manantial en el que manaron las grandes ideas que han dado forma a nuestro pensamiento, y allí han dejado sus indelebles huellas todos los grandes imperios que dominaron en Occidente. Es la historia de nuestra herencia universal del pasado: una historia, no sólo del fanatismo y la voracidad, codicia y crueldad humanas; también es la lucha que libró la humanidad por la ley y la justicia, el amor y la fe...

Esto es una novela. Sus personajes y escenarios son imaginarios, salvo cuando se indica lo contrario. El «rabí». Akiba fue un hombre real que murió, según se describe, en el año 137 de la Era Cristiana. Todas las citas a él atribuidas pueden ser perfectamente verificadas. El rey David y Abishag, Herodes el Grande y su familia, el general Petronio, el emperador Vespasiano, el general Josephus y el doctor Maimónides, fueron asimismo personas reales y todas las citas atribuidas a ellos son igualmente verificables.

Akko, Zefat y Tiberíades (hoy Tabarich) son lugares que existen en la Galilea y las descripciones que se hacen en la novela de esas ciudades se ajustan fielmente a la realidad, pero Makor, su ubicación, su historia y la excavación, son enteramente imaginarias.

Esto es una novela. Sus personajes y escenarios son imaginarios, salvo cuando se indica lo contrario. El «rabí». Akiba fue un hombre real que murió, según se describe, en el año 137 de la Era Cristiana. Todas las citas a él atribuidas pueden ser perfectamente verificadas. El rey David y Abishag, Herodes el Grande y su familia, el general Petronio, el emperador Vespasiano, el general Josephus y el doctor Maimónides, fueron asimismo personas reales y todas las citas atribuidas a ellos son igualmente verificables.

Akko, Zefat y Tiberíades (hoy Tabarich) son lugares que existen en la Galilea y las descripciones que se hacen en la novela de esas ciudades se ajustan fielmente a la realidad, pero Makor, su ubicación, su historia y la excavación, son enteramente imaginarias.

EL TELL

El Tell de Makor, en la ubicación 17072 584 de la Galilea Occidental, según fue visto por los arqueólogos en la mañana del domingo 3 de mayo de 1964, mientras se hallaban en el olivar, sito al Sur.

Por la apariencia visual del Tell nada podía deducirse en lo referente a su génesis, construcción o historia, como no fuera que la superficie uniformemente lisa de la falda o declive parecía sugerir que en algún momento del año 1700 a. de J. C. pudo haber sido empedrada con grandes bloques de piedra por los invasores Hyksos que atacaron a Egipto desde el Norte.

En cuanto a la ligera prominencia que se observa cerca del extremo oriental del montículo, podría indicar que allí existió alguna vez un edificio de cierto tamaño.

* * *

El martes, el carguero pasó por el Estrecho de Gibraltar y por espacio de cinco días avanzó hacia el Este por el Mediterráneo, de manera que en la noche del sábado el camarero advirtió al Dr. Cullinane: «Si desea ver temprano la Tierra Santa, deberá levantarse un poco antes del amanecer».

En efecto, unos minutos antes de amanecer, el Dr. Cullinane salió a cubierta mientras las estrellas lucían aún en el cielo, pero cuando la luna bajó hacia la popa del barco, el sol comenzó a elevarse por la proa y la corona de estrellas que se cernía sobre Israel emitió sus últimos parpadeos y se esfumó. La línea de la costa apareció entonces y Cullinane vio tres cosas que conocía: a la izquierda, la blanca mezquita musulmana de Akko; en el centro, la cúpula dorada del templo Bahai; y a la derecha, en la cima de una colina, los muros color marrón de los carmelitas católicos.

—Tenían que ser judíos —dijo en voz alta a pesar de estar solo—. Todo el mundo les ha negado la libertad religiosa, pero ellos se la otorgan a todos. —Le pareció que ése podría ser un buen lema para el nuevo Estado, pero conforme el barco fue acercándose a tierra, pensó: «Me sentiría más como un viajero a Israel, si me permitiesen ver una buena sinagoga». Pero la religión judía era una cosa cerrada, interna, un sistema para organizar la vida más que para construir edificios, y no había ni una sola estructura religiosa judía a la vista.

Hasta en el muelle le fue postergada su presentación al Estado judío, ya que el primer hombre a quien reconoció era un árabe risueño y bien parecido, vestido a la europea, que le gritó en inglés: «¡Bienvenido! ¡Todo está listo!». Y el Dr. Cullinane, del Museo Bíblico de Chicago, se tranquilizó.

Durante años había soñado con excavar uno de los silenciosos montículos de Tierra Santa, y hasta descubrir allí quizá nuevas revelaciones de la historia del hombre y sus dioses. Y mientras esperaba que el carguero amarrase al muelle, lanzó una mirada a través de la bahía, hacia Akko esa joya de puerto, donde había comenzado una parte tan importante de la historia en la que estaba a punto de hurgar. Los fenicios, griegos, romanos, árabes y finalmente Ricardo Corazón de León y sus Cruzados, habían llegado a esa bahía en busca de gloria y seguir sus pasos era, para un arqueólogo como Cullinane, todo un privilegio.

No bien presentó los documentos para la enorme cantidad de equipo que ahora estaba en la bodega del carguero: libros, materiales químicos, el equipo fotográfico, la diminuta locomotora Diésel y el millar de cosas que jamás se le ocurrirían a un lego, bajó corriendo por la planchada y abrazó a Tabari, que le informó: «Las cosas no podían andar mejor. La Dra. Bar-El llegará en seguida. Los otros norteamericanos ya están acomodados y el fotógrafo llega por avión de Londres esta tarde».

—¿El tiempo ha sido bueno? —preguntó Cullinane.

Era un hombre delgado, alto, entrado ya en la cuarentena, católico, irlandés, educado en las Universidades de Harvard y Grenoble; tenía experiencia en excavaciones por haberlas realizado en Arizona, Egipto y la zona al sur de Jerusalén. Hablaba el hebreo, un poco de árabe y francés. Era el tipo del nuevo erudito, sólidamente preparado y muy poco dado a la frivolidad.

—Espléndido —respondió el árabe, que hablaba con la fluida facilidad de quien era hijo del extinto sir Tewfik Tabari, O. B. E., K. B. E., uno de los líderes árabes que habían merecido la confianza de los británicos. Había enviado a su hijo a Oxford, con la esperanza de que seguiría como él la carrera del servicio civil, pero el muchacho, desde el primer momento, reveló su entusiasmo por el trabajo de excavaciones de su tío Mahmoud, y sus profesores en Oxford le convirtieron en un arqueólogo científico excelente. En el invierno de 1948, cuando los judíos amenazaron apoderarse de Palestina, despojando a los árabes, el joven Jemail, que entonces contaba veintidós años, meditó largamente lo que debía hacer. Y terminó por permanecer en Akko y luchar vigorosamente contra los judíos. Después, cuando su improvisado y desorganizado ejército fue aplastado, anunció que no buscaría asilo en Egipto o Siria. Se quedaría en Israel, donde había vivido siempre, y trabajaría con los judíos para reconstruir el país desgarrado por la guerra. El resultado de tan audaz decisión fue que se convirtió en una

figura popular y casi el único árabe capacitado para las numerosas excavaciones arqueológicas que proliferaban por todo el país.

Mientras los dos amigos hablaban, un jeep llegó velozmente y se detuvo en seco ante la Aduana. Su conductora, una joven menuda, de treinta y tantos años, saltó del vehículo, pasó corriendo ante el guarda que la miró murmurando una protesta y de un salto se arrojó en brazos de Cullinane, a quien besó ruidosamente. «¡Shalom, John!», exclamó, «¡Qué maravilloso es verle otra vez aquí!». Era la doctora Vered Bar-El, la más destacada experta de Israel en la datación de las piezas de alfarería antigua y sin su ayuda el doctor Cullinane no podría triunfar, pues la vivaracha joven poseía la excepcional capacidad de retener en su memoria los innumerables informes científicos emitidos durante el siglo XX, de tal modo que, cada vez que alguien como Cullinane o Tabari le entregaba un fragmento de alfarería, de unos cuantos miles de años de antigüedad, ella no tenía más que estudiarlo un momento y encontrar, en su memoria, piezas similares halladas en Egipto, Jericó o Beit Mirsim. Arqueólogos de cinco países la llamaban «el calendario viviente» y lo notable de su trabajo era que, cuando no le era posible datar la pieza, lo confesaba con entera franqueza. Era menudita, hermosa, con dos grandes y brillantes ojos y alegre a la vez que simpática.

—Deje todo donde está, John —dijo—. He traído conmigo dos hombres de nuestro personal que montarán guardia hasta que todo haya sido cargado. Ahora, vámonos directamente a la excavación. ¡Tengo verdadera hambre de empezar!

Se dirigieron al jeep, y con la doctora al volante, poco después tomaron el camino clásico a Damasco, la capital de Siria, que durante unos cinco mil años había sido y seguía siendo la principal arteria por la cual pasaban las contribuciones de Asia rumbo a Venecia y Génova. Mientras el jeep avanzaba velozmente, los dos discutieron la excava-

ción a punto de iniciarse y las asignaciones de trabajo que ya habían sido convenidas. «El fotógrafo que viene de Londres es un maestro» —aseguró Cullinane a sus dos colegas—. «En Jericó realizó un trabajo notable. Y nuestro arquitecto es de lo mejor. Universidad de Pennsylvania. No he visto ningún dibujo hecho por la muchacha que ustedes han elegido como dibujante. ¿Es capaz?».

—Yigael Yadin la consideró suficientemente capaz para trabajar con él en Hazor —respondió la doctora Bar-El.

—¡Ah, es ésa...! ¿Cómo pudieron conseguirla?

—Estamos adiestrando algunos grandes artistas en este país —respondió la grácil experta y Cullinane pensó: «He de recordar que debo halagar la vanidad nacional de los judíos». Y en voz alta agregó:

—Si tenemos la joven que trabajó con Yadin en Hazor, somos afortunados.

—Lo somos —dijo la doctora defensivamente.

Callaron todos mientras el *jeep* se acercaba al punto del camino desde donde sería posible ver por primera vez el montículo que debían excavar. Cullinane se inclinó hacia adelante, tenso de emoción. Al norte aparecieron unas macizas colinas y hacia el sur vio que comenzaban a alzarse otras similares, formándose entre ambas sierras un valle. La doctora Bar-El tomó bruscamente una curva, enderezó el *jeep* y prosiguió la marcha unos minutos. Y por fin, ante ellos, apareció el misterioso montículo.

Era Makor, un árido montículo elíptico, que se alzaba al pie de una estribación protuberante. Resulta difícil creer que fuese real, pues poseía dos extrañas características: su cima era una planicie perfectamente lisa y los flancos visibles del montículo formaban perfectos declives de tierra. Cada uno de ellos era un glacis a un ángulo de 45°. No tenía nada de natural. Era como una fortaleza sin muros y esa impresión se intensifica al ver la dura estribación rocosa que se elevaba al fondo y las abruptas montañas cuyos picos se recortaban en el azul del cielo. El montículo era, así,

el punto terminal de una cadena de fortificaciones, el más bajo de cuatro peldaños descendentes, y perfectamente colocado, tanto para su propia protección como para defender el importante camino que pasaba a sus pies.

Su nombre completo era Tell Makor, lo que significa que los ciudadanos de la zona sabían que no era un montículo natural, sino los residuos pacientemente acumulados de una comunidad tras otra, cada una establecida sobre las ruinas de su predecesora desde los tiempos más remotos de la historia. Desde la pelada roca sobre la cual se había construido la primera comunidad de Makor, hasta la cima cubierta de pasto, mediaba una distancia de alrededor de 21 metros, integrados por ladrillos derruidos, paredes de piedra derrumbadas, rotas torres, trozos de pedernal prehistórico y, lo que era más valioso que todo, los fragmentos de alfarería que, una vez debidamente lavados e inspeccionados por la doctora Bar-El, contarían la historia de aquel solemne y sin embargo excitante lugar.

—Hemos elegido el mejor Tell de todo el país —dijo el doctor Cullinane a su equipo. Sacó de su portafolios los mapas preliminares trazados en base a las fotografías aéreas tomadas y, en ese momento, los tres arqueólogos experimentaron la sensación de que su voluntad era impuesta al montículo y que lograría, finalmente, arrancarle de sus más recónditos escondites, los restos de existencias vitales del remoto pasado. Ayer, Tell Makor había sido un hermoso montículo elíptico que dormía a la vera del camino de Akko a Damasco; hoy, era un objetivo, cuidadosamente parcelado, en el cual no se daría un solo golpe de pico a la ventura.

—Comparemos con el mapa de Palestina —sugirió Cullinane, y Tabari desenrolló una sección de ese hermoso mapa hecho años atrás por ingenieros británicos. Sobre él los dos hombres realizaron algunos cálculos de la ubicación de Tell Makor, para que otros arqueólogos diseminados por todo el mundo pudieran identificar el montículo con exacti-

tud. En adelante, el lugar de la excavación llevaría una cifra identificadora: 17072 584. Los primeros cuatro números indicaban la orientación este-oeste, y los últimos cuatro la norte-sur. Cuando los excavadores hubiesen penetrado las capas superpuestas de tierra, una por una, el mundo podría decir, con cierta exactitud, qué habría ocurrido en el montículo. Y era la meticulosa reproducción de esa historia la que ocuparía a John Cullinane y su equipo de expertos en los años siguientes.

Dejó a un lado los mapas y bajó de un salto al camino. A grandes zancadas escaló el escarpado glacis y finalmente alcanzó la planicie superior que medía unas doscientas yardas de largo por ciento treinta de ancho. En algún lugar de ese montículo sus hombres comenzarían a excavar y hasta cierto desagradable punto, el éxito o fracaso de los primeros años dependería de su visión en elegir los puntos a excavar.

—¿Está decidiendo dónde excavaremos? —preguntó Tabari al llegar también él a la cima.

Cullinane esperó que llegase la doctora Bar-El y entonces dijo:

—Me inclino a favor del noroeste del montículo, porque así podremos descargar la tierra de la excavación allí. —Señaló al borde septentrional de la planicie, desde el cual los arqueólogos podían mirar hacia abajo, algo que no era visible desde el camino: un escarpado barranco cuyas paredes, como las de los acantilados, habían protegido siempre a Makor contra los ejércitos que trataban de sitiario por el norte. El barranco era lo suficientemente profundo como para absorber fácilmente todos los escombros del montículo entero, si se encontraba algún millonario dispuesto a facilitar el dinero suficiente para excavarlo enteramente, hasta el nivel del terreno circundante.

La excavación de Makor, según los planos de Cullinane, demandaría diez años de trabajo, a un costo de 50 000 dólares por año, y puesto que contaba con fondos para los

primeros cinco años solamente, era esencial que descubriese rápidamente cosas interesantes. Había comprobado que los millonarios que financian las excavaciones arqueológicas pueden ser candidatos a donar fondos adicionales si se consigue mantener su interés durante todo el primer año, mientras que guardan rápidamente sus libretas de cheques si no se producen hallazgos de cierta importancia. Por lo tanto, era imperioso que él ubicase sus trincheras de prueba en los lugares exactos, puesto que aún después de que pasara diez años descubriendo niveles seleccionados, sus hombres sólo habrían excavado menos del quince por ciento del montículo. Esperaba hallar allí los restos de unas veinte capas distintas de civilización. Para ir eliminando una tras otra, científicamente, todas esas capas, hasta no dejar más que el perímetro original de tierra, se necesitarían unos cincuenta años. Y pensó: «Lo que haremos es excavar dos trincheras exploratorias que lleguen hasta la última capa. Ese trabajo demorará un año, pero cuando lo hayamos terminado sabremos, en general, lo que tenemos. Así, en años subsiguientes, si conseguimos los fondos, volveremos para excavar más profundamente en zonas elegidas que prometan resultados satisfactorios».

Mientras se hallaba allí en la lisa cima del Tell, no era un hombre común, llegado a Tierra Santa armado de su entusiasmo y una pala: había conquistado el título de arqueólogo sólo después de un largo período de sutil y duro adiestramiento. En Harvard, aprendió a leer el arameo, el árabe y las antiguas escrituras hebreas. Durante sus trabajos con el profesor Albright, en la Universidad Johns Hopkins, había conseguido dominar la escritura mesopotámica y los jeroglíficos egipcios, a tal punto que podía leerlos con la facilidad con que cualquiera lee un diario. Asistió por espacio de un año a la Universidad Carnegie Technical para realizar trabajos avanzados en metalurgia, a fin de poder identificar con cierta exactitud los procesos de fundición de metales locales y sus aleaciones. Posteriormente, estudió tres cursos

invernales en la Universidad del Estado de Ohio, sobre cerámica avanzada y, sobre la base de lo aprendido allí se adiestró para poder adivinar hasta con una diferencia de cien grados centígrados, el calor del horno al cual había sido cocida cada pieza antigua de alfarería. Sabía menos de las relaciones históricas de la cerámica que un verdadero especialista como la doctora Bar-El, pero en cuanto al análisis técnico, la superaba. Después de esos cursos científicos, vivió un año en Nueva York, estudiando vestimentas y armamentos en el Museo Metropolitano, y por espacio de otro año —uno de los mejores de su vida— en la pequeña ciudad universitaria francesa de Grenoble, especializándose en prehistoria. Coincidente con su trabajo entre los indios de Arizona, asistió a cursos de verano de la universidad de dicho estado, trabajando en los problemas de la dendrocronología. A eso siguió un año entero en la Universidad de Princeton, donde trabajó con expertos en los problemas de las investigaciones bíblicas, pero como sucede a menudo una de sus habilidades más valiosas la había desarrollado por sí solo. De niño le había agradado mucho coleccionar monedas, y tal vez era ahora arqueólogo como consecuencia de aquella afición infantil. Había escrito uno de los ensayos que contribuyeron a demostrar que hubo dos emisiones de los «*shekels*» judíos: una que se usó en la revuelta judía original encabezada por Judas Macabeo, 166 años antes de Cristo, y la segunda, acuñada durante la rebelión final de Bar Kochba, 135 años antes de Cristo. Como resultado de ese ensayo, era conocido como experto en numismática. Todas esas capacidades, además de otras como arquitectura antigua y conducción de la guerra en los tiempos bíblicos, debía aplicarlas ahora a la excavación de Tell Makor, pero la ubicación de sus dos trincheras era tan importante que postergó intuitivamente su decisión sobre las mismas. Cuando los otros abandonaron la cima del Tell, él se quedó allí solo, caminando de un lado a otro, a la aven-

tura, mientras daba pequeños puntapiés a la capa superior de tierra, para determinar su constitución.

«Una planicie que mide solamente doscientas yardas de largo por ciento treinta de ancho no parece gran cosa», musitó. «Es más o menos el tamaño de dos canchas de fútbol. Pero cuando uno la contempla con una cuchara en una mano y alguien le dice: “¡Excava!”, la maldita planicie parece inmensa...». Pero su atención fue distraída cuando observó, semienterrado, un pequeño objeto que no parecía una piedra. Se inclinó para inspeccionarlo y vio que era un pequeño pedazo de plomo, ligeramente aplastado en un costado. Era un proyectil, y movió el brazo para arrojarlo lejos, cuando algo le hizo reconsiderar.

—Voilà! —exclamó—. ¡Nuestro primer descubrimiento en Tell Makor!

Se escupió en los dedos y limpió el proyectil hasta que el plomo quedó al descubierto. Luego, se preguntó: «¿Nivel...? ¿Antigüedad...? ¿Procedencia?», utilizando así el proyectil como excusa para postergar su decisión sobre las trincheras. Tomó de su portafolio una tarjeta de excavación, se sentó en el borde del montículo y la llenó. El proyectil había sido disparado probablemente por un fusil británico, puesto que dicha arma era la más común en aquella región. Cualquier fecha reciente resultaría aceptable, pero le parecía lógico el año 1950, puesto que el proyectil mostraba señales de vejez. Así lo consignó en la tarjeta, pero no bien lo había hecho cuando borró el A. D. que puso tras el año. Trabajaba ahora en un país judío que otrora había sido país musulmán, y el empleo del Anno Domini no era ciertamente popular. Sin embargo, era necesario respetar el sistema universal, por lo cual anotó las letras E. C. de Era Cristiana.

Con precisos trazos de su pluma dibujó el proyectil, indicando su escala 2:1, que significaba que el dibujo era dos veces mayor que el original. De haber sido lo contrario, habría escrito 1:2.

Cuando había terminado ya el dibujo, alzó la cabeza y vio que el miembro más importante de su personal había llegado de Jerusalén y subido a la cima para saludar a sus colegas. Era un judío alto y esbelto, dos años mayor que Cullinane, con ojos profundamente hundidos en sus cuencas, pero labios gruesos que siempre estaban ansiosos de sonreír. Sus mejillas eran también hundidas y su pelo negro caía cubriendo buena parte de su frente. Se movía con la gracia de un hombre que había sido a la vez soldado y estudioso. Ahora trabajaba en uno de los ministerios del gobierno de Jerusalén, y se mostraba agradecido de la invitación que le retendría en Makor desde mediados de mayo a mediados de octubre, pues era un arqueólogo de profesión, cuya habilidad política había sido considerada tan valiosa para el gobierno que muy pocas veces se le permitía salir de la ciudad. Su posición en Makor iba a ser ambigua. Ostensiblemente, actuaría como administrador general del proyecto, determinando salarios, horas de trabajo y arreglos de vivienda. Si no era eficiente, las complejas personalidades que integraban el equipo de excavación podrían perder mucho de su tiempo en mezquinas disputas, o peor aún, hondos antagonismos. Había sido contratado para actuar como director, pero nadie en Makor reconocería eso, porque Han Eliav era un administrador magistral y, además, un hombre que muy rara vez se dejaba llevar por su genio. Era posiblemente el estudioso más educado de la expedición, y hablaba numerosos idiomas.

En realidad, el doctor Eliav era el perro guardián oficial de la excavación. Los Tells de Israel eran demasiado valiosos para que pudiera permitirse a cualquiera que llegase con un equipo de *amateurs* y los estropease. La nación contenía más de un centenar de lugares todavía no excavados, similares a Makor, y durante los dos o tres siglos siguientes, equipos de las universidades de Pekín y Tokio, o de sociedades científicas de Calcuta y El Cairo, acumularían los fondos suficientes para excavar esas ciudades tanto